

# 1

Iba a matar a Zoey. Mientras me acercaba sigilosamente por detrás, el calor me crepitaba en el vientre. Totalmente ajena a mi presencia, Zoey miraba el bosque desde el balcón de piedra. Infinidad de troncos medio podridos cubrían el terreno que se extendía a sus pies, pero nadie acechaba entre las sombras.

Era mi oportunidad de quitarla de en medio.

Me deslicé en silencio hacia ella con un cosquilleo en las puntas de los dedos y el deseo de venganza corriendo por las venas. ¿Cómo iba a hacerlo? Podría tirarla por el balcón, pero eso no aseguraba su muerte. No estábamos lo bastante lejos del suelo, así que dependería de cómo aterrizara. Podía pegarle un tiro, pero el temblor de mis dedos no garantizaba que acertara. Y la necesitaba muerta.

Parecía una maníaca homicida, ¿verdad?

Bueno, creedme, no merecía mi piedad. No después de lo que había hecho.

Una daga sería lo suyo. En cualquier caso, clavarle la hoja por la espalda sería el modo más gratificante de tumbarla. Sabe Dios que ella me había apuñalado tantas veces por la espalda que matarla así no llegaría siquiera a equilibrar la balanza.

Desenfundé la daga y, con pasos silenciosos y furtivos, recorté la distancia que nos separaba. Zoey, con la mirada fija en la lejanía, permanecía inmóvil, salvo por sus largos tirabuzones rubios que ondeaban al viento. Concentrada. Firme. ¿Qué narices estaría esperando? Daba lo mismo... Me acerqué más aún, levanté la daga y se la clavé en la espalda.

—¡Mierda, Crystal! —gritó Zoey desde la mullida butaca reclinable. Se arrancó los auriculares rosa, a juego con las puntas rosadas de su melenita rubia con degradado, justo cuando aparecía en pantalla la alerta «ShardsOfGlass ha eliminado a DaggerQueen29 con una daga». Whiskers, mi gata, saltó del recoveco de entre los pies de Zoey y echó a correr escaleras arriba. Pobre bolita de pelo. Como si no tuviera ya bastante con que mi equipo de eSports hubiera invadido su territorio, la leonera del sótano, al despuntar el alba.

Apreté los labios e intenté no sonreír, pero el fracaso fue estrepitoso. No sabría decir qué me produjo más satisfacción: si ser la última jugadora en pie de la ronda y que eso me supusiera cincuenta *MortalBucks* extras además de los diez por haberla matado, o que a Zoey solo le quedara una última oportunidad para ganarlos antes del torneo estatal de *MortalDusk* del domingo.

No podía creer que solo faltaran dos días. Dos días para saber quién iba a ganar los premios del torneo individual y por equipos, ambos valorados en doscientos cincuenta mil dólares. Dos días para saber quién pasaría a disputar el mes siguiente el título anual de *MortalDusk* en Nueva York, junto con los demás ganadores del resto de estados. Ya lo estaba visualizando: de pie en el escenario del torneo con mis amigos, todos disfrazados, recogiendo el premio ante el clamor del público y con todas esas cámaras... Por no hablar de los gastos pagados del viaje a Nueva York para el torneo y los patrocinadores que nos saldrían. Patrocinadores por los que mataría.

¿Y he dicho ya que los premios de los títulos individual y por equipos eran de tres millones de dólares? Eso es. Tres. Putos. Millones. De. Dólares. ¿Os imagináis lo que sería tener esa cantidad de pasta con dieciséis años? Tendrías la vida solucionada. Bueno, era evidente que yo, personalmente, no tenía ninguna posibilidad de ganar el torneo individual y, si ganáramos el premio por equipos, sería a repartir entre cinco. Pero ¡aun así! No soy un hacha en mates, pero hasta yo sé que esa cantidad me cambiaría la vida.

De hecho, teníamos una oportunidad real de ganar el torneo, y no solo estadísticamente hablando, porque Vermont era el estado con menos participantes. Llevábamos meses liderando la clasificación del estado.

El problema era que, en el torneo, solo podían jugar cinco miembros por equipo, y nosotros, los seis, queríamos ir. Por eso decidimos competir: los cinco primeros que ganaran veinte mil MortalBucks podrían reclamar su puesto.

Y yo me negaba a ser la última de la cola.

—Vaya, Crystal no se anda con chiquitas —dijo Dylan, nuestro último fichaje. Estábamos sentados con las piernas cruzadas en el sofá y tenía su rodilla apenas a dos centímetros de la mía... Pero no es que me estuviera fijando en eso, ni nada, ¿eh? No tenía claro si me estaba haciendo un cumplido por mi brutal jugada maestra o me acusaba de traidora. Me miró a los ojos por encima de la montura de carey, enarcó la comisura de los labios y se le formó un hoyuelo en la mejilla. Dios, ¿por qué era tan guapo? Tan... insondable, quería decir.

—Bueno, ya estamos llegando al final del camino...

—¡Chicos, bajad! —chilló Zoey. El resto del equipo estaba arriba; Dylan había sido el único que se había quedado por abajo mirándonos tras haber caído en esa ronda—. Empieza la próxima...

—¡Chist! —protesté—. Mi familia aún está durmiendo.

Las facciones marcadas de Zoey se transformaron en una cara enfurruñada, nuestro principal método de comunicación últimamente. Uf, era un peñazo tener que competir así, pero ganar el torneo supondría la diferencia entre que mi familia siguiera viviendo en esta casa y, bueno... pues que no. El divorcio de mis padres el año pasado había ido rápido, demasiado rápido, y, desde entonces, mamá se las veía y se las deseaba para pagar la hipoteca. Fue culpa mía que papá se largara tan rápido, así que tenía que ganar el dinero del premio. No podía permitir que Zoey me dejara fuera de la competición. Además, nos iría igual de bien sin sus habilidades de combate con arma blanca.

Mi mejor amiga, Akira, fue la primera en bajar las escaleras, con tal sofoco en su carita de corazón que se habría podido freír un huevo encima.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, pero se me acurrucó al lado sin mediar palabra, se deslizó los auriculares sobre la melenita azabache a la altura de la barbilla y se colocó el portátil sobre el regazo. En el *MortalDusk*, era nuestra mejor arquitecta, un presagio de muerte segura para cualquiera que se perdiera en sus estructuras. Pero ahora mismo, tenía pinta de querer levantar un muro a su alrededor para quedarse ahí escondida por los siglos de los siglos.

Después bajó Randall, su novio, riéndose entre dientes mientras se peinaba hacia atrás las greñas de color castaño miel que se le aclaraban en las puntas como por efecto del sol. Todo mentira, como su tez morena; casi nunca le tocaba ni un rayo de sol.

—No tiene gracia —le espetó Akira.

—Anda que no —dijo Randall, mientras le lanzaba una barrita de granola con las mejillas ligeramente sonrosadas.

Le sacudí el brazo a Akira.

—Kiki, ¿qué ha pasado?

Pero ella se limitó a sacudírmelo a mí, justo cuando bajaba el último, Matty, con una Coca-Cola light en la mano y los ojos color miel rebosantes de diversión bajo la gorra de béisbol azul puesta del revés.

—Tu madre los ha pillado dándose el lote en la despensa —me dijo.

Randall le dio un empujón de colegueo.

—Sí, tío.

Akira se puso aún más roja, hasta la punta de la nariz.

—Ay, Dios. —Me reí—. ¿Ha intentado darte «la charla» o algo? Mi madre no es de las que desperdicia una ocasión así.

—No, se ha enrollado —dijo Randall.

—Nadie lo diría por la cara de Akira. —Matty se dejó caer en su silla, ante el viejo escritorio en forma de L de papá.

Akira se tapó las mejillas encendidas, pero respondió con una sonrisa maliciosa:

—Mira quién habla.

Matty se ruborizaba con nada. Mientras se encorvaba sobre el portátil para cargar de nuevo el juego, soltó una carcajada. Tenía la constitución de un jugador de béisbol: alto, ancho de espaldas y esbelto, aunque en el único deporte que practicaba solo había píxeles. Sus vivarachos ojos marrones, las mejillas redondas y la sudadera marrón y anchota le envolvían de un halo de osito de peluche que contrastaba enormemente con su despiadado avatar de mago; era el mejor conjurando rayos y bolas de fuego.

—¿Qué pasa si ninguno de vosotros consigue los veinte mil? —cambió de tema Randall, al sentarse junto a Matty. Era nuestro mejor arquero, cuya puntería hacía que cualquier otro pareciera un pobre soldado de asalto inepto. No era de extrañar que ya hubiera alcanzado los veinte mil. Como Dylan. Qué cabrones...

—Os quiero, chicos, pero no vamos a jugarlos esta mierda a piedra, papel o tijera —gruñó Matty. Ninguno de nosotros quería dejarlo al azar.

—Llegaremos —dije yo. Para eso habíamos quedado tan pronto un viernes por la mañana antes de clase. Necesitábamos hasta el último minuto libre para acumular MortalBucks. Solo contabilizábamos lo que ganábamos cuando nos reuníamos; Randall no podía jugar y, a la vez, cobrar a los clientes del súper en el que curraba.

—Podríamos cortar aquí —sugirió Zoey.

Obvio que lo sugiriera, porque estaba ligeramente por encima de Akira, que iba en último lugar. Pero, en realidad, tenía suerte de seguir optando a jugar en el torneo. Si yo no hubiera mantenido la boca cerrada, si alguno se hubiera enterado de lo que Zoey había estado haciendo los últimos meses, la habrían echado del equipo en un milisegundo. Se le daba bien fingir que no había roto un plato.

Para ser justos, se nos daba bien a todos. Excepto a Dylan. Él vivía ajeno a los recuerdos que a los demás nos atormentaban. Esos

recuerdos que, cinco años después, aún hacían que me despertara gritando en plena noche.

—¿Qué tal si no? —La crispación de Akira me devolvió a la realidad de golpe.

Fulminé a Zoey con la mirada.

—Y para que fuera justo... ¿cómo, exactamente?

—Nada, solo era una idea... —Volvió a fruncir el ceño.

Matty cogió un lápiz del escritorio y se lo tiró a Zoey, aunque falló por un kilómetro.

—¿Puedes cortar ya el rollo? Las reglas son las reglas.

Le sonreí y Matty miró a Zoey poniendo los ojos en blanco, eso sí, con las mejillas sonrosadas.

Zoey seguía enfurruñada cuando nuestros dragones nos dejaron sobre el nuevo mapa. Ella siempre bromeaba diciendo que tenía cara de cabrona, aunque a Akira y mí nos parecía más de asesina del hacha, pero ahora se la veía claramente abatida, con los carnosos labios rosados en un mohín y una arruga marcada entre las cejas angulosas de un marrón grisáceo.

Al cabo de unos minutos, Dylan me dio en el codo.

—Tengo un cargamento de pociones sanadoras.

—No, gracias —le dije, vaciando un cofre del tesoro—. Acabo de encontrar un montón.

Sonrió.

—No te las estaba ofreciendo.

Resoplé, nos cruzamos la mirada un instante y capté el destello en sus ojos. Se creía tan listo... O encantador. Y puede que ambas cosas fueran ciertas. Pero, en serio, si no fuera por él, ahora no estaríamos metidos en este lío.

En verano, empezaron a correr rumores sobre el campeonato anual en el Discord de *MortalDusk*. Los torneos de marzo serían estatales en lugar de regionales, se decía. Competirían equipos de seis en lugar de cinco, se decía también. Más premios que nunca. El mayor campeonato de la historia se haría en la ciudad de Nueva York. Pero necesitábamos a otro miembro para poder partici-

par. Así que, la primera semana del tercer curso de instituto nos dedicamos a hacer pruebas y fichamos a Dylan, el chico nuevo del instituto. Cuando *MortalDusk* anunció las reglas, que consistían en torneos estatales, pero con cinco jugadores, ya no podíamos echarlo sin más. Además, él aumentaba nuestras posibilidades. Era un hechicero feroz muy hábil elaborando pociones y hechizos para eliminar a nuestros enemigos, con una gran puntería, rapidez de reflejos, la barbilla puntiaguda, los pómulos marcados, el pelo castaño enmarañado y esos ojos grises...

«Ay, mierda». Empezó a aporrear las teclas, claramente enzarzado en un fuego cruzado con Randall, que también estaba destrozando su barra espaciadora.

—Tenemos compañía —anunció Randall.

—Tío —dijo Matty—, no me digas que es Fishman, por favor.

—Es Fishman. —Joder. Jeremy Fischer, alias Fishman, había dominado lo más alto de la clasificación de Vermont durante años; al menos, hasta hacía poco.

—Bah. ¿Por qué está jugando tan pronto? —Matty estaba especialmente decidido a vapulear a *streamers* engreídos como Fishman que ya tenían millones de seguidores y montones de pasta.

—¿Y cuándo no está jugando? —preguntó Akira, echándose hacia atrás un mechón suelto de pelo negro.

Desde que Fishman había descubierto que había un grupo de verdaderos rivales en el pueblo de al lado, se había tomado como una misión personal encontrarnos y destruirnos. Su público pensaba que se trataba de una revuelta. Estaría en el torneo del domingo, pero, por suerte, sus compañeros de equipo eran unos maestros de la mediocridad. Aun así, nos iba a dar muchos problemas en la competición individual.

Zoey miró su teléfono.

—Sabía que había visto la alerta de que entraba en directo.

—¡Gracias por avisarnos, maja! —exclamó Randall. Él era el que gestionaba los canales de YouTube y Twitch de nuestro equipo, pero ese día Akira le había convencido para que no retransmi-

tiera en directo porque todavía estaba grogui y llevaba los pelos revueltos apuntando en todas direcciones.

Me metí como un rayo en el bosque.

—¿Dónde estáis, chicos?

Randall se rascó la barba incipiente que le cubría la barbilla angulosa.

—Justo al norte del lago Blackpool.

—Voy para allá.

—No hace falta —repuso Matty. Sabía que él quería que me centrara en conseguir más muertes para asegurarme el puesto en el equipo. Pero sería más fácil matar a Fishman juntos.

—Si no nos lo quitamos de en medio enseguida, nos irá dando caza uno a uno. —Al otro lado del bosque, vi a la hechicera élfica de Akira construyendo una fortaleza de madera a orillas del lago Blackpool. Yo, para mi avatar, prefería el disfraz de campesina. Muchos jugadores me tomaban por una principiante, pero era una asesina implacable que les sorprendía con mi sigilosa pericia y mi puntería letal.

Matty ya estaba en el tejado, preparando su material.

—¿Lo tienes, colega?

—Tiene el escudo a tope —dijo Randall. Mientras me escabullía entre los arbustos, vi volar flechas de fuego entre el caballero de Randall y el pescador de Fishman. Pero Fishman disfrutaba de una posición ventajosa y la aprovechó para arremeter contra Randall.

«Fishman854 ha eliminado a Ran\_With\_It con una vara de fuego».

—¡Bah! —Randall se echó el pelo revuelto hacia atrás—. Qué mierda cuando va a lo jedi medieval. ¿Dónde te habías metido, tío? —le preguntó a Dylan.

—Tenía que elaborar más pociones de escudo —respondió él.

Zoey también parecía mantenerse alejada, seguramente con la esperanza de que nosotros nos encargáramos del tema.

Matty atacó a uno de los compañeros de Fishman con un rayo.

—Le he dado. —Pero Fishman esquivó la siguiente descarga

y, mientras Matty recargaba, se puso a bailar para burlarse de él—. Hijo de su...

Me escabullí detrás de Fishman.

—Lo tengo.

—Ni hablar. Es mío —dijo Matty, que siempre había sido muy fan de Fishman, hasta que todo cambió. De repente, enarcó las cejas pobladas—. ¡Tiene un lanzamisiles de la hostia!

—¡Corred! —gritó Akira. Saltaron de la fortaleza justo cuando Fishman le prendía fuego. Escaparon por los pelos y se metieron en el bosque.

Matty soltó un taco.

—Crys, ahí lo tienes.

Joder, sí.

Saqué rápidamente mi porra electrificada y seguí silenciosamente a Fishman, evitando rozar los árboles para seguir pasando desapercibida. El estómago me daba pequeños vuelcos, consciente de que su gran público nos estaba observando; era como si tuviera miedo escénico o algo así. Cuando estuve lo bastante cerca, fijé el blanco con un cosquilleo de emoción en los dedos...

La puerta del sótano se abrió de golpe. El susto me hizo errar el tiro y mi rayo apenas rozó a Fishman. Mamá bajó las escaleras como un torbellino mientras se recogía los rizados desordenados en un moño.

—Crystal, ¿has visto mis llaves?

—Uf, mamá...

—¡No las encuentro por ninguna parte!

Fishman se giró y me borró del mapa.

—Mierda. —Me pasó la mano por la cara—. ¿No están en tu bolso?

Akira se había tensado y tenía las mejillas ruborizadas de nuevo, visiblemente avergonzada por lo de antes.

—No, es evidente que no —contestó, imitando mi voz, y ambas nos sacamos la lengua en una muestra de nuestra normalísima relación madre hija. Pero el estrés le surcaba la frente con arrugas profundas.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Me acaban de llamar para una operación de urgencia. Hay dos enfermeras de baja con no sé qué virus estomacal, así que voy a tener que doblar turno hoy y tengo que dejar a Caelyn en el colegio antes.

—¿No puede coger el bus? Ah, mierda —exclamé, cuando caí en la cuenta—. Frost Valley. —Era el primer viernes de marzo y había que dejar a mi hermana pequeña en el colegio dos horas antes; su clase se iba de colonias y pasaban la noche fuera, en un hostel de montaña, para tirarse el día lanzándose en trineo, saltando en tirolina y haciendo actividades horteras para fomentar el espíritu de grupo.

—Sí —dijo mamá—. Siempre pasa todo a la vez.

—La ley de Murphy —canturreó Randall.

—No, es la ley de la simultaneidad —lo corrigió Zoey.

—Eso, literalmente, no le importa a nadie —sentenció Randall en tono socarrón.

Zoey lo fulminó con la mirada, pero Akira se rio por lo bajini y pareció relajarse un poco. Randall sacó pecho... Le encantaba hacerla reír. Los demás estaban ocupados lanzándole arpones de hielo a Fishman, que finalmente paró de dar vueltas alrededor de mi difunto avatar y de regodearse ante su público.

Mamá suspiró.

—Sea como sea, es todo mierdástico.

Últimamente, mamá se había estado dejando la piel con un montón de turnos extras que aceptaba para poder pagar las facturas. Aun así, más mierdásticas todavía eran las discusiones a gritos pelado a altas horas de la noche que había tenido que aguantar con el borracho de mi padre. Me las había apañado bien para distraer a Caelyn de todo aquello. Cuando empezaron, hace unos años, ella se colaba en mi habitación, trepaba a mi cama y yo me limitaba a abrazar su cuerpecillo delgado y tembloroso con impotencia mientras oíamos los gritos. Pero después empecé a ponerle unos cascos enormes y a jugar al *Mario Kart* hasta que terminaban.

Siempre se puede confiar en los videojuegos. Te distraen del dolor. Y te cortan las lágrimas.

Ahora, el precioso rostro de mamá estaba cada día más demacrado, con unas ojeras que parecían moratones. A veces me daba la impresión de que estaba más estresada que antes de que se marchara papá. «Culpa mía, culpa mía, culpa mía». Me puse tensa.

—Yo llevaré a Caelyn al colegio —me ofrecí.

Una mueca colectiva cruzó el rostro de mis amigos. Se nos acababa el tiempo para ganar más MortalBucks.

Pero mamá respiró aliviada.

—Ay, gracias. Pero aún tengo que encontrar las llaves... —Empezó a subir las escaleras de nuevo, pero se detuvo—. Ah, y Caelyn se olvidó el inhalador en su taquilla. Es el último que le queda, para variar. Asegúrate de que va corriendo a cogerlo antes de subirse al autocar, ¿vale?

—Vale.

Mientras ella corría escaleras arriba, cerré el portátil y me re Coloqué los desordenados rizos caoba. Los MortalBucks tendrían que esperar.

—Lo siento, chicos. Todavía nos queda esta noche y todo el día de mañana...

—Podemos defender el fuerte hasta que vuelvas —afirmó Zoey, con los ojos ambarinos sacando cuentas. Iba a tardar media hora. Le venía perfecto.

—¿Sabes qué? Que me apetece un Starbucks —comentó Akira, al percibir la ansiedad en mi rostro. El Starbucks estaba al lado del instituto—. Podemos quedar después en la sala de ordenadores y jugar hasta que empiece la primera clase.

—Yo me apunto al Starbucks —anunció Randall.

—Pero tenemos mejor internet aquí... —empezó Dylan. Al distraerse, su avatar cayó—. Vaya, pues nada —dijo, y cerró el portátil.

—Lo siento... —repetí, desenterrando el móvil de entre los cojines del sofá. Mis nudillos rozaron los vaqueros de Dylan, pero se levantó antes de ver que me ruborizaba.

—Sí, ¿de qué va esto, Crystal? —Matty hizo una mueca exagerada—. ¿De cómo ser una buena hija?

—Uy, las buenas hijas son las peores —se burló Randall.

—Repugnante, la verdad —dijo Matty. Los ojos de Matty y Randall centelleaban pícaramente como siempre que hacían bromas y se seguían el juego. Si estuviéramos emitiendo en directo, nuestro público lo estaría disfrutando a tope.

—Tu cara sí que es repugnante —le espeté.

Matty se sonrió.

—Has dado en el clavo. —Estiró los brazos por encima de la cabeza. Poco le faltó para tocar el techo—. Vale, pues os dejo en el Starbucks y voy a darme una ducha. —Sabía que solo era una excusa para evitar el Starbucks. Unos meses atrás, pedí un Frappuccino de soja y me pusieron uno con leche de almendras. Matty le dio un sorbo y, bueno, digamos que no fue un buen día. Hubo un montón de agujas por medio. No me extrañaba que estuviera traumatizado. Hasta la menor traza de cacahuets o frutos secos le provocaba una reacción alérgica y ya estaba más que harto.

—Qué guarro. —Randall simuló un escalofrío—. ¿Es que no pensabas ducharte hoy?

—¿Qué? —Matty se olió los sobacos—. No huelo, ¿no?

—Tú siempre hueles —declaró Randall.

—A rosas —replicó Matty.

—A rosas putrefactas —añadió Dylan.

Randall soltó una carcajada y alargó el puño para chocárselo. Dylan había pillado rápido nuestro particular sentido del humor, aunque con los demás siempre tenía claro si estaban bromeando, y con él nunca estaba segura.

Cuando subimos en tropel, mamá ya se había ido —supuse que habría encontrado las llaves— y mi hermana Caelyn estaba apoyada en el armario de los abrigos, jugueteando con el colgante en forma de rayo de su collar artesanal, a juego con el mío.

—Eh, bobita —la pinché, aún en modo cachondeo, mientras me calzaba torpemente las botas—. ¿Eres tú la problemática?

No reaccionó y no quiso ni mirar a mis amigos, que desfilaban por la puerta principal. Ni siquiera levantó la cabeza con el toquecito amistoso que Akira le dio en el brazo. A la luz del alba, los rizos cobrizos y desordenados de Caelyn creaban una especie de halo encrespado alrededor de su cara, y sus gruesas gafas moradas le agrandaban los enormes ojos pardos, idénticos a los míos, salvo que los suyos solo distinguían masas amorfas. Le había rogado a mamá que la dejara ponerse lentillas, pero mamá le había dicho que tenía que esperar a cumplir los dieciséis. Dudaba mucho que las lentillas fueran más baratas cuando cumpliera los dieciséis.

—Vamos.

Sin molestarme en abrocharme el abrigo, corrí por el camino hasta mi coche, un Prius de una década anterior que papá me había dejado antes de mudarse a Las Vegas como regalo de despedida... bueno, en realidad era más bien un soborno. Caelyn y yo no habíamos vuelto a saber nada de él desde entonces, lo que, francamente, nos parecía bien.

Akira y Randall se montaron en el coche de Matty, y Zoey se fue corriendo a su casa, junto a la nuestra.

—¿Qué narices se traerá entre manos? —murmuré, recordando que habíamos olvidado hacer el recuento de nuestros Mortal-Bucks. ¿Quería saltarse el Starbucks para hacerse otra ronda a hurtadillas?

Dylan esperaba junto a su Jeep —el coche de Matty le bloqueaba la salida— con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuadros escoceses blancos y azules, y se reía entre dientes.

—¿Qué te parece tan divertido? —le grité.

—Tú. ¿No te pasas de paranoica?

Le hice una mueca. Para él era fácil hablar: ya se había asegurado un puesto en el torneo. Aun así, tal vez llevara razón. Quizá Zoey solo quisiera rendir cuentas ante sus estrictísimos padres, que si le permitían venir tan a menudo era únicamente porque creían que nuestro equipo de eSports era un grupo de estudio.

Cuando agarré la mochila de Caelyn para ponerla en el asiento trasero, murmuró:

—Lo siento.

—¿Por qué? —Cerré de un portazo.

—Soy un problema... y tú estabas ocupada...

—Lo decía en broma. No es culpa tuya. Vamos a ir rapidito, por eso, ¿vale?

Me acomodé en el asiento del conductor y chasqueé la lengua mientras esperaba a que Caelyn se abrochara el cinturón para salir marcha atrás.

Como las calles estaban vacías, me salté los límites de velocidad, desesperada por ahorrar tiempo. Tenía que conseguir más muertes; más que Zoey, por lo menos. Pero justo pillé un semáforo rojo. Mierda. Tampoco podía saltarme todas las normas de tráfico.

Comencé a repiquetear los dedos en el volante y miré a Caelyn. Tenía la nariz rosada, señal inequívoca de que se estaba aguantando las lágrimas. ¿No tendría que estar saltando de alegría? ¿En serio creía que me había enfadado con ella?

—No estoy enfadada —le dije.

—Ya lo sé —masculló. Pero seguía con la cara mustia.

Se me encogió el corazón. Tal vez no tendría que haberla llamado «bobita». Solo estaba bromeando. Sí, algunas veces, Caelyn me sacaba de quicio, pero la quería a rabiar. Iluminaba dondequiera que fuese con su inagotable energía, siempre presumiendo de alguna nueva creación molona, siempre dispuesta a ser mi contrincante cuando me apetecía jugar a algo. Siempre que papá la hacía callar y la empequeñecía; lo odiaba por apagarle esa chispa. Gracias a Dios, cuando él se fue, mi hermana volvió a brillar. Pero ahora se estaba comportando de un modo muy raro.

—Oye. —Le di un toquecito en el brazo—. ¿Qué pasa?

Le subió el color a las mejillas, a juego con la nariz.

—Nada.

—Mentirosa, mentirosa, cara de osa.

Resopló.

El semáforo se puso en verde y pisé el acelerador con tanta ansia que casi nos provoqué un latigazo cervical. Ups.

—Lo siento. ¿No te hace ilusión lo de Frost Valley?

—No quiero ir a esa tontería de colonias.

Me quedé boquiabierta.

—Mmm... ¿Perdona? Una fiesta de pijamas a más de ciento cincuenta kilómetros de cualquier progenitor es básicamente el sueño de cualquier treceañera hecho realidad. —Se limitó a encogerse de hombros, así que seguí—: ¡Habrà trineos! ¡Y tirolinas!

Caelyn torció el gesto.

—Me dan miedo las alturas.

—¿Desde cuándo?

El verano pasado me arrastró a todas y cada una de las montañas rusas del parque de atracciones. Aún me asaltaban los recuerdos de mis pies suspendidos sobre el cielo azul y ese nudo horrible en el estómago cada vez que venía una bajada. Pero me aguanté para hacerla feliz. Sin embargo, ahora las lágrimas le inundaban los ojos. Algo la tenía preocupada... y no era la idea de bajar por unas cuerdas.

—¿Qué es lo que te pasa de verdad? —Tomé una curva, con la imagen de Zoey haciéndose crujir los nudillos con petulancia después de anotarse una muerte.

Caelyn negó con la cabeza.

—No quiero hablar de eso.

—Venga, va, Cae. Puedes contarme lo que sea.

Se frotó los ojos y suspiró.

—Tessa y sus amigas me van a hacer alguna jugarreta. Lo sé.

Ah. Tessa era la cabecilla de un grupo de chicas malas de la clase de Caelyn. Caelyn estaba muy emocionada por cumplir trece años y se había abierto una cuenta de Instagram, porque soñaba convertirse en *influencer* con sus fabulosas creaciones artesanas, pero Tessa se apresuró a arruinarle el sueño comentando con bur-las e insultos todas sus fotos.

Otra sofocadora de chispas. El mundo estaba lleno de gente así.

—¿Has oído que estuviera planeando algo? —le pregunté.

—No...

—Bueno, entonces, puede que estés siendo un poco paranoica. —Igual que yo con Zoey—. No te preocupes por Tessa. Tú pégate a Deja y a Suki. —Las tres habían sido inseparables desde la guardería.

—Ellas van el finde que viene.

—Ah, vaya. —Como Frost Valley tampoco era tan grande, habían dividido el curso en tres grupos para ir en fines de semana consecutivos—. ¿Y no pediste que te cambiaran de grupo?

Caelyn asintió.

—Sí, pero no me dejaron. Si no, tendrían que dejar que todos los que quisieran cambiarse de grupo se cambiaran.

Di un acelerón para pasarme un semáforo en ámbar. Ya estamos a un par de manzanas del colegio de Caelyn.

—Bueno, si Tessa intenta algo, tómatelo a broma.

A Caelyn le cambió la cara.

—¿Qué?

—Lo digo en serio. Plantéatelo como un juego. Cuanto más te moleste, más puntos gana ella...

—Venga ya...

—No, ¡en serio! Y cuantos más puntos gane, más mezquina será. En cambio, si ve que no te importa una mierda, no ganará ningún punto, se aburrirá e irá a por otro.

—Esto no es un juego. —Le tembló la voz al secarse una lágrima—. No deja de meterse conmigo.

—Ya, vale, seguramente es que te lee como si fueras un libro abierto. Cuando te disgustas, te pones roja como un tomate o te echas a llorar enseguida. Eres como su gallina de los huevos de oro.

—Cállate ya.

—Lo digo en serio, Cae. Si te hace algo, te ríes y te largas.

—No puedo. —Caelyn alzó la voz.

Me detuve en un stop justo antes del colegio.

—Bueno, ¿y por qué no?

—Porque no puedo reírme y ya está. No todo es un juego. Es mala, y sus amigas la animan. Puede que tú seas muy buena actriz, que sepas fingir que todo va bien cuando no es así, pero yo no.

La pulla de Caelyn me dejó los pulmones secos. Me quedé helada, mirándola. ¿Lo sabía? ¿Cómo podía saberlo? Ella solo tenía ocho años cuando ocurrió, y yo nunca le había contado la verdad... Jamás se lo había contado a nadie.

—Pronto nos vamos a tener que mudar —añadió Caelyn—, ya lo sabes. Oí que mamá te lo decía. Un solo impago más y el banco nos quitará la casa y tendremos que irnos a casa de la abuela Rose. Y tú no piensas en nada más que en tu estúpido videojuego.

Solté un profundo suspiro, con el corazón desbocado en el pecho. No lo sabía. Pero ¿desde cuándo le molestaba *MortalDusk*? Los videojuegos eran mi refugio para huir de la culpa que, de otro modo, reptaría por mi mente como una serpiente hambrienta. Pensaba que los juegos también eran una distracción para Caelyn. Pero tal vez había enterrado la cabeza tan profundamente en la tierra que no me había dado cuenta de cómo la afectaban a ella.

El coche de detrás me pitó y di un respingo.

—Mierda. —Entré en el aparcamiento del colegio—. Bueno... míratelo de otro modo. —Mantuve el mismo tono suave mientras me sumaba a la fila de coches que estaban dejando a los niños. Delante de todo, había dos autocares enormes, junto a los que alumnos y profesores se habían agrupado, charlando animadamente y soltando bocanadas de aliento al frío aire matinal—. Si nos mudamos, te desharás de Tessa para siempre...

—¿Lo dices en serio? ¡No quiero mudarme a Maine! No quiero separarme de mis amigas. ¿Tú sí? ¿A ti te importa algo de la vida real o qué?

Se me cerró el estómago. Pues claro que sí. Quería ese premio para ayudar a mamá y a Caelyn, para que no tuviéramos que mudarnos, para no tener que separarme de mis amigos. Los adoraba, me encantaba cómo cotorreábamos y podíamos pasarnos horas

jugando juntos sin cansarnos, cómo hacíamos piña ante lo que fuera. Encontrar otro grupo como este era algo inimaginable. Por eso tenía que ganar el torneo.

Sin darme tiempo a responderle, Caelyn abrió la puerta, pero esto no podía quedar así. Me mataba tener que dejarlo así.

—Espera... —empecé.

—No. —Ya estaba bajando—. Tengo que ir a por el inhalador. Si me da un ataque de asma, no podré reírme y ya está. —Agarró la mochila del asiento trasero y cerró de un portazo. Impotente, la vi alejarse hacia el colegio, sorteando a la gente, con la mochila rebotándole sobre la cadera a cada paso.

La determinación envolvió todo mi ser. Tenía que ganar ese dinero para mi familia. Tenía que demostrarle a mi hermana que me importaban muchas más cosas que *MortalDusk...* y que un videojuego podía llegar a ser algo real.

Algo más que una forma de esconder eso tan terrible que había hecho. Algo más que una forma de evadirme de mis recuerdos.

Tenía que ganar el premio. Y, antes, tenía que conseguir esas muertes.

